

MERCACHIFLES Y COOPERATIVAS: UN ANÁLISIS DEL INTERCAMBIO *

Juan Carlos Radovich **

Alejandro Omar Balazote ***

INTRODUCCIÓN

En este trabajo analizaremos el intercambio que los productores campesinos de la reserva mapuche de Pilquiniyeu del Limay mantienen, a través de diferentes canales de comercialización, con sectores intermediarios.

En primer lugar, describiremos someramente algunos aspectos de la reserva sin otra intención que brindar un mínimo conocimiento de las características demográficas y productivas de los grupos domésticos estudiados.

Posteriormente nos referiremos al intercambio entre la producción campesina y la producción capitalista y los excedentes transferidos en su confrontación mediante la institución del mercado.

Por último, analizaremos las condiciones en que se realiza este intercambio en la comunidad estudiada, los distintos canales a través de los cuales se lleva a cabo y las repercusiones que el mismo tiene en el accionar comunitario.

LA RESERVA INDÍGENA DE PILQUINIYEU DEL LIMAY

Esta comunidad ocupa el extremo norte del departamento Pilquiniyeu en la provincia de Río Negro. Posee una extensión de 111.600 hectáreas, de las cuales aproximadamente 9.600 serán inundadas a raíz de la construcción de la represa hidroenergética de Piedra de Aguila. Es en esta parte de la reserva (área SO), donde nos encontramos trabajando y a la misma corresponden los datos que a lo largo de esta breve síntesis precisaremos.

El área estudiada de la reserva cuenta con una población de 127 habitantes; de ellos, 66 son varones (52 %) y 61 mujeres (48 %). El índice de masculinidad resulta así de 108,2.

* El presente trabajo es versión modificada de la ponencia presentada en el IIº Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural realizado en Salta entre el 8 y el 12 de agosto de 1989.

** Becario CONICET.

*** Becario UBA.

En cuanto a los grupos domésticos de dicha área, el total asciende a 24 y el promedio de integrantes es de 5,3 miembros.

Según la distribución etaria, los menores de 12 años representan el 38,6 % del total y los mayores de 65 años el 3,9 % mientras que los comprendidos entre 13 y 64 años constituyen el 57,5 %.

Los primeros pobladores llegaron al paraje hacia el año 1900; eran mapuche que se encontraban en proceso de reubicación luego de las campañas militares llevadas a cabo en ambos márgenes de la cordillera de los Andes y que concluyeron aproximadamente en 1883 con el exterminio de gran parte de la población indígena y la consecuente usurpación de las tierras que ocupaban.

La redistribución de esas tierras producida luego de la llamada "Campaña del Desierto" (a la que los mapuche denominan "Epoca de la pérdida") determinó que las superficies disponibles para ellos fueran escasas, de reducida productividad o de difícil acceso y comunicación. Luego del sometimiento de los indígenas dicha campaña, debida a la competencia por la propiedad de la tierra, se tradujo en un recambio poblacional como consecuencia de la transformación del modelo económico que conducía el Estado, reemplazando la ganadería extensiva por la agricultura y por la ganadería intensiva latifundiaria.

Una segunda etapa de asentamiento en el paraje se concretó a mediados de la década del 30 y fue resultado del conflicto entre estos dos modelos. La expansión de las estancias vecinas ocasionó el desalojo violento de pobladores luego del alambrado que daba nuevos límites a la propiedad. Ante la imposibilidad de realizar reclamos legales debido a su situación de ocupantes precarios de tierras fiscales, los indígenas se desplazaron entonces hacia las áreas cercanas al arroyo Pilquiniyeu.

En 1972 se promulgó el decreto ley N° 714 que creaba la reserva y que otorgaba a sus reales pobladores una superficie de 111.600 hectáreas en usufructo vitalicio y gratuito.

Dicho instrumento legal apuntaba a solucionar el problema de la sistemática enajenación de tierras que sufría la población indígena, y la garantía de ocupación vitalicia que les brindaba debía continuar con la regularización de la ocupación mediante la legitimación de las tenencias, la demarcación de los predios y el otorgamiento de los títulos de propiedad pero este hecho aún no se ha producido, ya que las tierras permanecen bajo la titularidad fiscal.

Actualmente, la actividad productiva más importante de la reserva es la ganadería en su modalidad extensiva. El total de animales computado para los 24 grupos domésticos del área anteriormente especificada arroja la cifra de 7.002 cabezas, que representa un promedio de 304 animales por unidad doméstica. La composición del *stock* ganadero muestra a su vez la preeminencia del ganado menor, en especial del caprino (78 %), el cual supera a ovinos (14 %), vacunos (2,2 %) y equinos (5,2 %); esta composición está íntimamente relacionada con las características ecológicas del área.

Las actividades agrícolas en la reserva se limitan a la horticultura, cuya

producción está destinada exclusivamente al consumo en el interior del grupo doméstico, pero no permite el autoabastecimiento, lo que implica la necesidad de complementación a través de compras a comerciantes locales. Además, en aquellas unidades domésticas que poseen una elevada relación entre la cantidad de sus animales y la de sus integrantes, no se cultiva en las huertas debido a que la actividad ganadera absorbe casi con exclusividad la fuerza de trabajo.

Por otra parte, la producción artesanal (textilería en telar vertical y trabajos en cuero) y las actividades extractivas (recolección y venta de leña, caza, etc.) constituyen un importante complemento económico para los pobladores de la comunidad, aunque siempre están subordinadas al ritmo de la actividad ganadera.

TRANSFERENCIA DE EXCEDENTES

Un rasgo típico de la unidad doméstica campesina es que se vincula con la institución de mercado como vendedora de las mercancías producidas en su seno, pero también como compradora tanto de aquellos bienes necesarios para su subsistencia como de los insumos imprescindibles para garantizar la continuidad del proceso productivo. En este intercambio confluyen las mercancías producidas en el sector campesino y las que provienen del ámbito capitalista; sin embargo, cada una de ellas es producto de una intencionalidad específica, portadora de una racionalidad propia y resultado de diferentes relaciones sociales de producción.

La mercancía producida bajo relaciones salariales conlleva en sí misma la partición entre trabajo necesario y trabajo excedente. Es una forma social que conduce inmediatamente a la valoración del capital (Trapaga y Gutiérrez Pérez 1986); el trabajo excedente es el motor de su producción y el que en definitiva rige la lógica de su circulación.

Esta mercancía es portadora de un valor que está dado por el tiempo socialmente necesario para su producción: la abstracción de este concepto contrasta con los concretos precios de mercado que fijan las tasas de intercambio entre las mercancías.

El principio a través del cual se fijan ideal y tendencialmente los precios de mercado es el de precio de producción. Merced a ellos y debido a la competencia de capitales se asegura a cada uno una retribución proporcional marcando una tendencia a la igualación de la tasa de ganancia.

El precio de producción de las mercancías se convierte así en el regulador del mercado "... y su medida está dada por la suma de los precios de los medios de producción consumidos más el precio de la fuerza de trabajo empleada, más la ganancia media del capital" (Bartra 1982: 91).

Por su parte, la mercancía campesina ingresa en este circuito precedida de una intencionalidad distinta de la capitalista; no persigue la valorización del capital sino la obtención de determinados valores de uso que permitan la reproducción social de sus productores previa mediación del dinero.

La circulación de la mercancía producida por el campesino se lleva a cabo en un mercado regido por los precios de producción y no por los valores, pero ésta se muestra incapaz de imponerse por su precio de producción:

“El campesino es un productor que por regla general cede su mercancía por un precio de mercado inferior a su valor y a su precio de producción, porque, a diferencia del capital, no puede dejar de vender por el hecho de no obtener ganancias y tampoco está en condiciones de transferirse a otra rama pues sus medios de producción no han adquirido ‘la forma libre del capital’” (Bartra, 1982: 85).

Con respecto a la posibilidad de seguir vendiendo pese a no obtener ganancias por parte del productor campesino, es necesario agregar que incluso reducirá sus niveles de consumo a un mínimo y continuará la comercialización de su producción si ésta permite la reproducción de la unidad productiva.

Sobre este particular resulta ilustrativo el ejemplo brindado por Chayanov.

<p>“Para una unidad de explotación agrícola capitalista.</p> <p>Ingreso bruto $60 \times 1 = 60$ rubl.</p> <p>Egresos:</p> <p>Gastos en materiales 20</p> <p>Salarios 25</p> <p>—</p> <p>Ingreso neto 15</p>	<p>Para una unidad de explotación agrícola familiar.</p> <p>Ingreso bruto $60 \times 1 = 60$ rubl.</p> <p>Egresos:</p> <p>Gastos en materiales 20</p> <p>Remuneración obtenida por el trabajo 40</p> <p>Remuneración por día de trabajo $\times = 1,60$ rubl.</p>
--	---

Para la unidad capitalista, la cosecha es evidentemente provechosa; para la unidad campesina es provechosa si el presupuesto de consumo no puede ser cubierto con otros empleos de la fuerza de trabajo que den una remuneración mayor de 1,60 rublos por día de trabajo.

Supongamos ahora que el precio de la avena baja a 60 kopeks por pud.

<p>Para una unidad de explotación agrícola capitalista</p> <p>Ingreso bruto $60 \times 0,6 = 36$ rubl.</p> <p>Egresos:</p> <p>Gastos en materiales 20 rubl.</p> <p>Salarios 25 rubl.</p> <p>Pérdida 9 rubl.</p>	<p>Para una unidad de explotación agrícola familiar</p> <p>Ingreso bruto $60 \times 0,6 = 36$ rubl.</p> <p>Egresos:</p> <p>Gastos en materiales 20 rubl.</p> <p>Remuneración obtenida por el trabajo 16 rubl.</p> <p>Remuneración por día de trabajo 0,64 rubl.</p>
---	---

... y esta cifra sería absolutamente aceptable si el equilibrio económico bá-

sico no pudiera lograrse ocupando la fuerza de trabajo en actividades que produjeran una retribución mayor." (Chayanov 1985: 93).

Si para la empresa capitalista el límite es el precio de producción y por debajo de éste se retira del mercado, para la unidad doméstica campesina el límite es el precio de costo o sea aquel que permita la reposición de los medios de producción empleados y la compensación de la energía desgastada como fuerza de trabajo.

En relación con este último punto, debemos considerar que en la producción de mercancías de origen capitalista la compensación total consumida por el productor se realiza a través del salario, entendiéndolo como el costo de reproducción de la fuerza de trabajo. Pero en el caso de la mercancía producida en el seno de la unidad doméstica campesina el precio de venta sólo contempla la reposición de parte de la energía consumida, pues la otra parte es sustentada por la propia unidad doméstica a través de su producción destinada al autoconsumo.

Respecto de la imposibilidad de la unidad doméstica campesina para alcanzar "la forma libre del capital" debemos recordar que aquella es una unidad de explotación con un conjunto de medios de producción dados y que tiene una disposición inelástica de la fuerza de trabajo familiar; cualquier posibilidad de pasaje a otras ramas económicas más rentables implica la desarticulación de la unidad productiva y la alternativa es el riesgo de la proletarianización.

Al referirnos a dicha disposición inelástica de la fuerza de trabajo familiar por parte del grupo doméstico, estamos señalando las dificultades que presenta este tipo de explotación, tanto para eliminar la fuerza de trabajo no utilizada plenamente (debido a los lazos familiares que vinculan a la mayor parte de sus miembros) como también para incorporar fuerza de trabajo en los momentos claves del calendario productivo (debido a su incapacidad de acumulación).

Esta limitación tiene su contraparte positiva, que consiste en el aprovechamiento de fuerza de trabajo que no tendría posibilidades de valorización en otras instancias productivas. El trabajo de mujeres, ancianos y niños en actividades de baja rentabilidad constituye una de las explicaciones sobre que la unidad doméstica campesina pueda entregar al mercado mercancías a precios inferiores a los costos de producción empresaria. De la misma manera que ocurre con la fuerza de trabajo, el sector campesino puede, asimismo, valorizar recursos que otro tipo de empresa consideraría inutilizables, como tierras marginales y medios de trabajo de baja productividad, etc.

Anteriormente señalábamos cómo la unidad doméstica necesitaba proveerse de determinados bienes para asegurar su subsistencia y la continuidad de su proceso productivo. Al situarse como comprador, el campesino debe pagar en el mercado precios próximos al de producción, que para la parte vendedora significan la obtención de una ganancia media, pero también pueden superar este límite en la medida que se lleguen a imponer precios de

monopolio. De esta manera, los acopiadores locales obtienen superganancias gracias al control exclusivo de los términos de intercambio.

Así como, merced a la reducción de sus niveles de consumo, el campesino es capaz de seguir produciendo y comercializando en términos que serían inaceptables para cualquier empresa capitalista, podemos señalar que la unidad doméstica puede adquirir medios de producción que no le reporten una ganancia sino que le permitan la satisfacción de sus necesidades de consumo:

“El campesino puede decidirse por la adquisición de un cierto medio de producción aun cuando su consumo no le reporte —después de descontar su precio— más que un pequeño remanente, siempre y cuando este medio de producción constituya la mejor alternativa de empleo de su capacidad de trabajo sobrante y el remanente obtenido sea necesario para satisfacer necesidades de consumo importantes.” (Bartra 1982: 99).

Dado que el campesino puede vender sin alcanzar los precios de producción, enfrenta las opciones de compra con distinta racionalidad. Por lo señalado más arriba, puede comprar medios de producción por encima de los niveles de precios de producción, dado que su objetivo no es la obtención de una ganancia media.

En ambos intercambios, en la venta de mercancías producidas por el campesino y en la compra de aquellas originadas en el sector capitalista, nos encontramos con la mediación del dinero pero cumpliendo funciones absolutamente diferentes en ambos tipos de circulación. Para el campesino, el dinero es un medio de cambio que le permite obtener los productos que necesita; desde la lógica de circulación capitalista, es el medio necesario para realizar los valores de las mercancías y transformarlas en capital.

Hasta aquí hemos reseñado cómo a través del intercambio de mercancías en el mercado formador de precios, el trabajo campesino se subsume a la lógica del capital. La consecuencia de ello es la pérdida progresiva del control y la dirección del proceso productivo y de la disposición final del producto.

La transferencia de excedentes que se colige de lo anterior hace que la unidad doméstica campesina recurra a otras formas de financiación. Así se vincula con los mercados del dinero o bien con el mercado laboral, con el fin de vender estacionalmente su fuerza de trabajo disponible. Ambos constituyen mecanismos por donde circulan flujos de valor y resultan a la postre nuevas formas de subsunción del trabajo campesino al capital.

En el próximo punto analizaremos cómo los crianceros de la reserva comercializan su producción y describiremos las características que adquiere el intercambio con los mercachifles, observando cómo estos intermediarios resultan ser, en numerosas ocasiones, el único canal de financiación. En efecto, ellos suelen facilitar a los campesinos mapuche pequeñas sumas de dinero que resultan vitales; pero, por sobre todo, la importancia de su crédito

consiste en adelantar las mercancías necesarias para la subsistencia del grupo doméstico (harina, azúcar, yerba, grasa, alguna ropa, etc.).

La imposibilidad de acumular capital resultante de la estructura productiva campesina y las particularidades del intercambio que antes abordamos nos explican el porqué del origen de esta deuda, así como también las dificultades para cancelarla totalmente, dado que cuando los crianceros venden (obligatoriamente a causa de la deuda) el pelo y la lana producidos, el monto obtenido siempre es menor que la suma adeudada.

Como ya señaláramos, la unidad doméstica campesina necesita permanentemente recurrir a distintas fuentes de financiación. Las mismas, en el plano del intercambio de mercancías, se expresan a través de los "adelantos" que los mercachifles otorgan a los productores de la comunidad brindándole a este intercambio características especiales que seguidamente trataremos.

LOS CANALES DE COMERCIALIZACIÓN

Los grupos domésticos de la reserva comercializan su producción básicamente por dos canales distintos: los mercachifles y la cooperativa Amuleim Com ("Todos Juntos", en mapuche). Ambas instancias confluyen en la institución del mercado formador de precios y están sujetas por lo tanto a sus mecanismos y funcionamiento; sin embargo, la posición de los pequeños productores varía notablemente.

Debemos aclarar que este tipo de intercambio no agota las posibilidades que tiene la unidad doméstica para obtener los bienes necesarios para su subsistencia y que por lo tanto no explica totalmente sus condiciones de reproducción. Para ello debemos considerar los intercambios intracomunitarios que forjan el entramado social de los distintos parajes de la reserva.

Señalábamos anteriormente la distinta posición de los crianceros ante el accionar del mercado de acuerdo con el tipo de comercialización encarada, a lo que debemos agregar ahora las diferentes pautas que las rigen.

El mercachifle fue comúnmente interpretado como el agente de exacción de excedentes de los productores. Limitar el análisis a este dato objetivo hace perder de vista la complejidad de la relación puestero-intermediario. En principio, es necesario considerar su posición de agente que financia, a través del crédito, la producción campesina. Su objetivo es la obtención de ganancias merced a la compra y venta de mercancías, y su lógica profunda es la equivalencia (10 kg de pelo equivalen a ₳ 700, 10 kg de lana equivalen a media bolsa de harina, etc.); sin embargo, su vinculación con el productor presenta matices que enfrentan esta lógica con otra de naturaleza más compleja: la lógica de la ambivalencia, entendiendo la misma como la lógica del cambio simbólico (Baudrillard, 1983: 138).

La existencia de vínculos recíprocos que en algunos casos se institucionalizan mediante el compadrazgo, los favores realizados, los préstamos que se efectivizan en los momentos críticos, son de difícil medida. ¿Cuánto vale llevar a un enfermo al hospital más cercano o el regalo de un padrino a un ahijado? No es posible responder en términos de equivalencia, pero sin duda

el que brinda una prestación está iniciando y esperando al mismo tiempo su contraprestación. En este intercambio recíproco nada se especifica acerca de cómo y cuándo se devolverá el favor, nada se aclara de "cuánto" será lo retribuido; sin embargo, el compromiso entre ambas partes ha sido fuertemente establecido.

Otro aspecto por considerar es la tendencia a la perdurabilidad de este tipo de relaciones, las dificultades que presenta su ruptura tanto en el plano económico como el simbólico. "Una vez en el kula, siempre en el kula", dice la norma de los isleños trobriandeses para significar que una transacción no agota la relación (Malinowski, 1982:95). Es más, no solo no la agota, sino que, como intercambio simbólico, la recrea. La triple obligación de dar, aceptar y recibir, señalada por Mauss, cobra en el intercambio simbólico su mayor expresión ante la imposibilidad de cancelación, y su consecuencia es la perdurabilidad de la relación.

El intercambio entre puestero y mercachifle, enmarcado en estas características, presenta casos límites en donde confluyen ambas lógicas, la equivalencia del mercado y la ambivalencia recíproca a causa de la necesidad de financiamiento de la unidad doméstica.

La "venta" de productos sin precio establecido y el retiro de los frutos sin más compromiso que el "después arreglamos" entre las partes, constituyen la construcción simbólica de una "zona de indefinición". El pasaje de la indefinición a la definición no es resultado de un accionar igualitario, ni en la determinación del momento, ni en la forma en que se llevará a cabo y sobre todo, porque quien fijará la nueva equivalencia será el interjuego de una dinámica de poder en la que obviamente se impone la figura del mercachifle, que puede situarse en mejores posiciones con respecto al mercado.

De la misma manera, los mercachifles actualizan las deudas por distintos medios, desde el incremento nominal de los importes, el aumento ficticio de las cantidades entregadas o la disminución irreal de los precios de los productos adquiridos liquidándolos a su valor histórico. Este accionar es posible merced a su condición de único canal insumo-consumo de numerosos grupos domésticos.

Sin embargo, esta situación fue variando desde el surgimiento de numerosas cooperativas en la Línea Sur de la provincia de Río Negro, entre ellas la cooperativa Amuleim Com con sede en Comallo, que abarca los parajes de Pilquiniyeu, Cerro Negro, Cerro Bayo, Blancura Centro, Cañadón Chileno y Laguna Blanca.

Creada como consecuencia de la gran nevada de 1984, esta cooperativa es la expresión económica de un proyecto político más ambicioso y con contenidos ideológicos específicos que superan la reivindicación de obtener mejores términos de intercambio. La revalorización de la cultura mapuche, el uso de la lengua, la adscripción étnica como motor del cambio social, la interpretación de una historia de despojos y marginación como aglutinante de lo indígena y lo campesino son algunos de los pilares ideológicos de este proyecto.

Cooperativa, Consejo Asesor Indígena, Promotores de la Línea Sur, se perciben en la comunidad como una misma cosa, a veces representadas por la misma persona que a su vez cumple distintas funciones de acuerdo con la instancia que representa en ese momento.

En los últimos años la actividad de la cooperativa ha desplazado casi por completo a los mercachifles que visitaban la comunidad. Solamente tres pobladores no son socios de aquélla, y se trata en todos los casos de practicantes del culto pentecostal, que ha comenzado a su vez a organizar la comercialización de la producción de sus fieles.

Este desplazamiento puede ser interpretado como una consecuencia del accionar de los promotores de la cooperativa, pero también como un reflejo de los términos de intercambio planteados, dado que el bajo precio del pelo y la lana producidos por la comunidad hace que los importes de las operaciones no permitan costear los gastos de traslado. Así, éstas no resultan atractivas para los intermediarios, pese a los amplios márgenes de comercialización en su favor, ya que no alcanzan a cubrir los costos de los viajes y el deterioro de sus vehículos.

Es importante destacar los cambios producidos en el funcionamiento de la cooperativa. La principal desventaja de este canal de comercialización consistía en su incapacidad para financiar a la unidad doméstica campesina. El ritmo discontinuo de la producción campesina, que fluctúa de acuerdo con los ciclos naturales (parición-esquila), entra en contradicción con las necesidades de consumo, obviamente continuas. A ello debemos agregar las limitaciones estructurales a la acumulación de capital, lo que torna a la economía fuertemente dependiente del crédito.

A partir de 1987, la cooperativa Amulein Com comenzó a proveer a aquellos productores que querían asociarse de los elementos necesarios para su subsistencia hasta el momento en que se licitara su producción. Hasta entonces, se había limitado a recoger ésta y el pedido de compra de sus socios, licitando la primera para encarar luego la compra del segundo. El tiempo transcurrido entre el primer acto y el último resultaba la principal dificultad y crítica de su funcionamiento, a lo que debemos agregar una no siempre eficaz distribución de los pedidos.

De acuerdo con lo dicho anteriormente, algunos productores se abastecen por un monto superior a la producción entregada, lo que ocasiona su endeudamiento con la cooperativa. El énfasis puesto por ésta para trascender en modelos participativos comunitarios la hace privilegiar la instancia ideológico-participativa por sobre lo estrictamente económico. Así es cómo el primer paso para resolver este endeudamiento consiste en reducir y aun obviar los porcentajes de retención de la cooperativa sobre la producción y el consumo del socio, que actualmente están fijados en el 10 % para cada caso. En las situaciones más críticas, se plantea la simple condonación de deudas, desde la concepción de que el cobro de las mismas pondría en riesgo la existencia del productor como tal. En este mismo sentido debe interpretarse la flexibilidad para el cobro de la cuota de inscripción (que se fijó

en 20 kg de lana sucia), ya que puede pagarse en cuotas y en un plazo de hasta cinco años.

La mayor crítica hacia la cooperativa Amulein Com proviene de los intermediarios desplazados y de los productores más dependientes e influidos por éstos. Los ejes de la argumentación giran en torno del destino de los descuentos y de la precariedad de la cooperativa, puesto que recibe apoyo financiero externo: "El 10 % se lo llevan los promotores al Obispo"; "Los curas están metidos en esto y se van a quedar con la guita"; "La cooperativa ve a durar un tiempo; después se van a borrar". La amenaza de futuras represalias económicas es puntualizada por los mercachifles y en general apunta a la negativa de financiar, en un futuro libre de competidores, a los productores díscolos.

Intermediarios y promotores de la cooperativa compiten no solo por un espacio económico sino también simbólico. Ambos modelos se enfrentan basados respectivamente en relaciones ambiguamente asimétricas y en la participación igualitaria de los miembros de la comunidad. Sin embargo, aun en este último caso se fijan distintos mecanismos conducentes a la diferenciación, especialmente en lo que atañe a la toma de decisiones.

Lo dicho no invalida los objetivos centrales de lograr, a través de un modelo participativo e integrador, las reivindicaciones históricas postergadas mediante un trabajo simbólico basado en la adscripción y revalorización étnica: "Ser mapuche es reivindicarse para poder salir juntos con toda la sociedad".

Por su parte los productores presentan distintos grados de integración a la cooperativa. Algunos de ellos participan activamente en reuniones, trabajos de selección y enfiado y aun como miembros de la Comisión Directiva, mientras que para otros es simplemente un canal de comercialización alternativo, el cual es elegido luego de sopesar las ventajas y las desventajas que presenta en referencia a la comercialización tradicional. De acuerdo con lo expresado, los crianceros de la reserva optan por separar una parte de la producción para negociar con los intermediarios, paliando de esta manera el déficit de aprovisionamiento que causa operar exclusivamente con la cooperativa.

CONSIDERACIONES FINALES

Como puntualizamos en páginas anteriores, la transferencia de excedentes del sector campesino se produce por la imposibilidad de validar parte de su trabajo, por limitaciones para colocar sus mercancías en el mercado en niveles cercanos al precio de producción y a su vez por la compra de mercancías provenientes del ámbito capitalista en niveles superiores a los precios de producción (esto último por la facilidad con que el sector intermediario puede imponerle condiciones monopólicas).

Este accionar en la esfera del intercambio es una consecuencia de que tanto las mercancías originadas en el sector campesino como las del sector

capitalista confluyen en el mercado formador de precios pero, como se ha señalado, son resultado de diferenciar relaciones sociales de producción, entrañan una intencionalidad distinta y son reflejo de diversas lógicas económicas. Como vemos, la transferencia de valor se consume a través de los mecanismos formadores de precios pero se genera en las distintas condiciones sociales de producción.

La creación de cooperativas como un intento por impedir la transferencia de excedentes apunta a modificar las condiciones en que se consume esta transferencia, a paliar los efectos expropiadores de la circulación sin replantear la naturaleza del proceso de producción que los genera. No considerarlo sería retrotraernos a posturas mercantilistas según las cuales la circulación por sí misma genera valor.

El análisis de la génesis de las cooperativas no debe ceñirse al plano estrictamente económico. En principio, resulta significativo que la mayor parte de estos emprendimientos surjan de esferas distantes a los ámbitos productivos: fundaciones extranjeras, organismos internacionales, etc., en muchos casos con la anuencia e incluso con el franco impulso de entes estatales.

Un modelo gestado superestructuralmente se impone, en ocasiones verticalmente, a una notable heterogeneidad de situaciones socioeconómicas, en dos instancias recurrentes. Por un lado, la constitución de cooperativas que licúan las responsabilidades de un modelo estatal con marcadas limitaciones asistenciales (ej.: cooperativas de autoconstrucción) y, por otro, aquellas que pretenden colocar a productores y consumidores en mejor situación en el mercado, respetando fielmente las pautas del mismo.

Nos inclinamos a pensar que el surgimiento de estas últimas tiene una estrecha relación con las disputas de determinados espacios políticos. Hemos señalado la fuerte impronta ideológica que la cooperativa Amulein Com imprime a su funcionamiento económico y el privilegio de esta instancia por sobre las pautas de acumulación de capital. También hemos puntualizado el origen externo de su financiación y nos preguntamos cuáles serían las consecuencias económicas y sociales en los productores involucrados si aquella se cortara abruptamente.

La existencia de intermediarios locales que pueden imponer precios monopolísticos plantea una relación contradictoria no solo con el productor campesino: la obtención de ganancias extraordinarias es motivo de una lucha económica con otros sectores del capital que compiten por la apropiación de la plusvalía social. La tasa de ganancia media es el resultado de esta competencia y cualquier desviación de la misma ocasiona la movilidad del capital.

La creación de las cooperativas de productores campesinos puede, entonces, entenderse como una respuesta organizativa para impedir la obtención de superganancias por parte de los acopiadores locales, motivando el traspaso de éstas al fondo común de plusvalía y la nivelación de la tasa de ganancia.

En lo que concierne a la comunidad, los dos canales de comercialización mencionados —mercachifles y cooperativas— compiten por determinados es-

pacios, los intercambios económicos y simbólicos que proponen se superponen y diluyen en distintas relaciones para recrearse en nuevas formas sociales. Al entrecruzarse dos lógicas distintas pero no opuestas, la equivalencia del mercado y la ambivalencia recíproca, ocupan la primacía en sucesivos planos y permiten a través de distintas alternativas la reproducción doméstica de los productores mapuche.

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, Jean 1983. *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI.
- Bartra, Armando 1979. *La explotación del trabajo campesino por el capital*, México, Editorial Macehual.
- Bartra, Roger 1982. *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Serie Popular ERA.
- Chayanov, A. 1985. *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión
- Chayanov, A. y otros 1981. *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, México, Pasado y Presente.
- González de Olarte, Efraim 1986. *Economía de la comunidad campesina*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Malinowski, Bronislaw 1975. *Los argonautas del Pacífico Occidental*, México, Península.
- Margulis, Mario 1979. *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor*, México, El Colegio de México.
- Mauss, Marcel 1979. "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", en: *Sociología y Antropología*, Madrid, Editorial Tecnos.
- Shejtman, A. 1980. "Economía campesina, lógica interna y articulación", en: *Revista de la CEPAL*, México.
- Trapaga, Delfin, y A. Gutiérrez Pérez 1986. *Capital, renta de la tierra y campesinos*, México, Ediciones Quinto Sol.
- Torres Adrián, M. 1984. *Familia, trabajo y reproducción social*, México, Pispal. El Colegio de México.